

## DISCURSO DE RECEPCION

Por ALFONSO ROBLEDO

Aún recuerdo la viva emoción con que un día, en el silencio de mi provincia, leí la galante comunicación en que la Academia Colombiana me participaba haber sido honrado con el título de miembro correspondiente, tras la publicación de mi primer trabajo literario. Sentí entonces que repicaban en mi alma las campanas de la alegría; no acertaba con la manera de expresar mi gratitud por aquel honor inmerecido, que aprecian más los que trabajan sin estímulo, y apenas podía creer que se me concediese la más alta distinción a que se puede aspirar en la república de las letras.

Presentado por Rafael María Carrasquilla y Antonio Gómez Restrepo, aquel día comenzaron para mí dos bellas amistades: la del ilustre sacerdote que ha dejado en este instituto una huella perdurable, y asimismo la del eminente escritor a quien me ha unido un afecto tan hondo, que a veces me parece de hermano más que de amigo. Y hoy, para más gentileza vuestra y confusión mía, me habéis doblado aquel honor, llamándome a una de las sillas que ocuparon ayer clarísimos varones, verdaderos inmortales, y donde hoy se sientan hombres eminentes, a quienes en este brioso despertar de la Academia, preside el humanista insigne que tuvo ayer en sus manos el timón de la república. Loada sea vuestra indulgencia.

Dos momentos solemnes de mi vida ha presidido esta ciudad hidalga: el presente, que se me hace más conmovedor por la feliz circunstancia de estar hablando en este claustro sagrado, que me recuerda el claustro hermano de Medellín, donde el actual rector de San Bartolomé fue mi discípulo, donde ambos aprendimos de un mismo maestro las primeras lecciones de retórica, rodeados de compañeros que creo son estos jóvenes que aquí miro, radiantes sus pupilas, como las nuestras entonces, de ambición y de esperanza; y otro momento inolvidable, cuyo recuerdo aviva mi gratitud profunda: Bogotá me hizo ayer, en horas de peligro, depositario de su confianza y guardián de sus destinos; ella puso mi nombre en candelero y honrando a un humilde hijo de provincia, quiso mostrar que se ha fundado con tierra de todos los pueblos, como la antigua Roma. De egoísta puede calificarla neciamente sólo quien no la haya vivido en su ilimitada gentileza, en la bella caridad que saben llevar dondequiera nuestros apóstoles y nuestras damas, como un perfume de sus creencias santas. Si a Bogotá se ha ofendido en nombre de la provincia, a los hijos de provincia, honrados por ella, corresponde el desagravio. Yo quiero

en esta ocasión, poniendo el alma en los labios, decir aquí todo mi reconocimiento hacia esta ciudad hospitalaria que tiene para todo talento una palma; para todo esfuerzo un estímulo, para toda angustia un consuelo, y para toda tumba una flor.

Me habéis honrado con la silla destinada a don Gabriel Rosas, quien no llegó a ocuparla, pues cuando a ello se disponía, la muerte hubo de cortarles su camino, en plena madurez de sus facultades, cuando la experiencia de sus viajes y un gran acopio de investigaciones parecían anunciar la obra definitiva del filósofo insigne. Polígrafo, jurisconsulto, pensador, todas las zonas de su actividad supo iluminarlas con su poderoso talento. Bastarían sus estudios sobre Leibnitz, publicados en la *Revista Colombiana*, para acreditarle de pensador profundo y de escritor correctísimo. Pero quizá lo más admirable de mi ilustre antecesor fue su gran carácter, puesto a prueba en ocasión harto conocida. Desviado de sus creencias católicas en los años de juventud, anduvo sin brújula por mucho tiempo, con la inquietud propia de los que sufren esas crisis terribles de la conciencia, hasta que un día sintió en el alma de nuevo la visita de Dios. Las vayas de sus amigos no fueron poderosas a impedir que rectificase sus errores, que proclamase sus creencias con orgullo, con valor, con la alegría del que perdido en espesa montaña, de improviso mira tras el follaje una franja de luz. Con respeto rindo el homenaje de mi admiración al insigne colega.

Laudable costumbre de la Academia Colombiana ha sido acoger en su seno a hombres que sobresalen en las diversas profesiones y disciplinas pues para la obra que ella realiza tan necesario es el concurso de abogados y periodistas, como el de gramáticos y filólogos. Miembro suyo fue Luis Eduardo Villegas, eminente abogado, comentarista del *Quijote*, que en sus oraciones forenses, de una corrección admirable, hacía lucir con donosura toda la opulencia del idioma; miembro de honor, el único, es José Ignacio Escobar, escogido por acuerdo reciente para poner el Instituto a la sombra de su nombre excelso, verdadero sacerdote de la justicia, escritor que ostenta en su estilo igual limpieza que en su vida, anciano venerable que en su retiro silencioso, como queriendo anticiparnos el dolor de su partida, vase apagando lentamente, como un sol, en un crepúsculo glorioso. Y si es grande el beneficio que de su cooperación deriva la Academia, no es menos el que ellos reciben con el cabal conocimiento del idioma: el abogado, porque más de una vez una litis jurídica se resuelve con la exacta interpretación de una palabra; el diplomático, porque a menudo el término preciso en la celebración de un acuerdo evita posteriores dificultades, en ocasiones de incalculable trascendencia; el periodista, por la elemental obligación en que está de expresar correctamente sus ideas, ya que ninguna profesión influye tanto sobre el lenguaje como el periodismo. Tocante a esta influencia quiero hablaros.

Hay en las sociedades modernas un hombre que goza de privilegios y favores a pocos concedidos: habla, y todos le escuchan; juzga, y todos le temen; escribe, y todos le respetan. El tiene el instinto del peligro, y sabe describir en el horizonte la nube que ha de traer los

huracanes; él oye, antes que ninguno, los primeros rumores que anuncian una profunda transformación social; él, desde su gabinete, dirige la ola movible de la opinión pública. Anheloso de que la sociedad progrese, él la educa; fiscal de los gobiernos, a veces los aplaude y a veces los derriba. Para impulsar el progreso, allí está él; para estimular el mérito o condenar el vicio, allí está él; para cazar la noticia rápida, allí está él. Cuando a otros se cierra la puerta, a él se le abre; cuando en otros la curiosidad se reprueba, en él se perdona. Donde haya combate, donde haya ruido, donde haya ocasión para la frase lisonjera o mordicante, allí está ese hombre que se multiplica, que no se da tregua, que a cada paso tiene en peligro su honra y hasta su vida. Ese hombre es el periodista, el verdadero periodista.

Tan necesario ha llegado a ser el periódico, que sin él no podría concebirse la hora actual del progreso. La inquietud de la vida moderna hace que reclamemos cada día con impaciencia este alimento espiritual, este veneno sutilísimo que necesitamos como capital de emoción para la obra del esfuerzo diario. En la vida de afán y de trabajo puede uno prescindir del libro, mas no de su periódico predilecto. Para leerlo, no han de faltarle los minutos que roba al sueño o a la faena. Con el anuncio, guía para el pobre; con las fluctuaciones del mercado, auxiliar para el comerciante; con el editorial sereno, orientación para el político; con el bello estilo, placer para el literato. A todos sirve, a todos alcanza su influencia. Pero este mismo favor que el público dispensa al periodista, hace que hoy sean mayores las responsabilidades de quien desempeña este magisterio augusto.

A más de cultura, veracidad y tacto, hay derecho de exigir al periodista el conocimiento del propio idioma, a fin de que todo lo exprese en correcta forma literaria, no sólo para que sea su publicación bien escogida, sino como un homenaje de respeto a los lectores. Ni se crea que es legítima excusa el decir que en esta faena hay que andar de prisa, lo cual impide atender el buen estilo. Publicaciones hemos tenido, y tenemos actualmente, que no descuidan a la bella forma, y son ellas las que en mucha parte han hecho que se considere a Colombia como uno de los países donde mejor se habla y se escribe la lengua de Cervantes. Pero duele confesar que en los últimos años ha venido muy a menos el culto al buen decir, ya por prurito de originalidad, ya por desconocer la influencia que tiene el periodismo sobre el lenguaje. Sábese que la prensa periódica enriquece cada día el vocabulario común, dado que allí, en ese campo de pasiones y de ideas, en esa lucha constante entre lo que nace y lo que muere, aparecen los neologismos para abrir cauce al progreso de las ciencias, a las nuevas maneras de pensar y de sentir. El periódico resucita palabras del lenguaje popular, hace la presentación de voces nuevas que imponen los adelantos recientes, y a la larga consigue para muchas palabras carta de ciudadanía en el diccionario. Pero es aquí precisamente donde el periodista ha menester un profundo conocimiento del idioma, pues acontece que empleamos muchas veces palabras incorrectas, o al menos innecesarias, por no conocer otras más expresivas

y más bien formadas de nuestra lengua que el mismo significado traducen con ventaja.

Ardua tarea sería enumerar las muchas voces incorrectas que nos ofrece la prensa diaria. Propónese la Academia llevar a cabo tal estudio. Entretanto, quiero señalar unas pocas que van siendo de uso frecuente, las cuales en un bello escrito, y empleadas por un autor notable, a tal punto ofenden el oído que está uno tentado a suspender la lectura para tomar aliento. Y hago esto con timidez, ya que palabras que hoy censuro pueden ser mañana aceptadas por la Academia, a fuerza de ser corrientes en el lenguaje internacional. ¿No ha sido admitido, a lo que parece, el término "divisa"? Acaso "bluff", "gaffe", "standard", hayan de tener igual éxito. No obstante, creo que un escritor de gusto las omitirá siempre, mientras haya otras más sencillas, más castizas, que expresen la misma idea.

"Homenajear" es término impropio cuando tenemos "honrar", "festejar" o haciendo un rodeo elegante, "rendir homenaje". Mejor que "relievar", palabra novísima, está nuestro habitual giro "poner de relieve", "poner de resalto", "mostrar". "Sancionar" por "castigar" es incorrecto: se "sanciona una ley", se "castiga" un delito. En vez de "constatar" y "presupuestar", es preferible "comprobar" y "presuponer". Ni "finanzas", ni "financistas", son palabras que haya admitido el diccionario; pero por ser tan usuales y estar ya reconocida la palabra "financiero", parecen llamadas a imponerse. El mejor escrito pierde gran parte de su belleza cuando hablando de un negocio se dice "financiarlo", o de un precio "standard". En tal caso un escritor atildado prefiere expresar con elegancia ese concepto con dos o tres palabras de buena cepa castiza. ¿No sería mejor "visita" que "jira", como a diario decimos, y que originariamente es comida campestre?

Pero todo esto lo perdonaría yo con tal de que no se dijese: "visité Nueva York", "conocí Washington". Hoy, más que nunca, se hace gala de omitir la preposición, lo que es falta imperdonable, y en cambio se pone donde no debe estar, como en "a mérito de", "a virtud de", "a objeto de". Censuro estos errores por creer que deslustran la genuina expresión castiza; mas no se crea que rechazo el neologismo necesario, la palabra nueva y expresiva que muchas veces suministra el lenguaje popular. Sólo merced a esta prudente renovación dialéctica logran mantener las lenguas movimiento y vida. Cuando, no hace muchos días, hubo una interesante discusión entre un periodista y un gramático acerca de la palabra "guachafita", yo estuve al lado del periodista. La creo mejor que "zafacoca", "sanquintín" o "pelotera". Es algo muy expresivo y muy nuestro, que pide lugar en el diccionario.

El buen escritor es exigente. No gusta de la palabra fácil e incolora que brota sin esfuerzo, sino que la prefiere como premio de una lucha silenciosa contra la frase rebelde, ansioso de expresarse en forma original y bella. Nunca satisfecho de lo que escribe, busca la originalidad, pero respetando la materia con que trabaja y las normas seculares que prescribe la lengua. Y sabe hallarla en dos precio-

sas fuentes: ora en el común lenguaje del pueblo, que conserva palabras de agradable sabor castizo o formadas conforme a su sabio instinto, ora descubriendo con discreción, sin artificio ni amaneramiento, bellas formas, locuciones expresivas que emplearon los clásicos, y para muchos tan desconocidas como las de un extraño idioma. Mas no es esa la originalidad que buscan aquellos que al escribir se pieren por mostrarse superiores a lo que ellos llaman "tiquismiquis" de la gramática.

Dado que a los periodistas anima el deseo de trabajar por la pureza de la lengua, fácil sería establecer una amistosa cooperación entre ellos y la Academia, a fin de prestarse mutua ayuda en una obra que es manifestación del más levantado patriotismo. Bien podría el periodista, cada vez que ocurra el asalto de una palabra nueva, llevarla al Instituto como tema de investigación y estudio. Y ello no por ser sus miembros más doctos, sino porque haciendo parte de una corporación que tiene este especial encargo, puede consagrarse al estudio de esa palabra, para ella quizá tan oscura como para el mismo periodista. Un aplauso merece el notable literato que, escondido en el nombre de *Don Luis de Obando*, hace cada día en *El Espectador* importantes observaciones sobre giros incorrectos, y que ha logrado, sin quererlo, fundar en esa sección un tribunal del buen decir.

Empero, a fin de que sea posible tal acuerdo, conviene corregir de antemano el errado concepto que acerca de la Academia tienen los que no conocen su organización íntima. Créese generalmente que es un cuerpo donde sus miembros, hartos pagados de tan honroso título, dogmatizan con presunción y trabajan con jactancia. Nada más distante de la realidad. Meros aficionados a los asuntos del lenguaje, proceden en sus investigaciones con el encogimiento, la timidez y la desconfianza de un estudiante. Con humildad, con desinterés, cumplen la tarea, lamentando sólo que otros hombres, quizás más competentes, no puedan, por especiales condiciones de organización, ser sus compañeros en el Instituto. Sería de verlos en su tarea, consultar autores, abrir libros, a la husma de una palabra cuyo origen se ignora, y tras de todo esto, mostrarse desconfiados en su fallo y cautos en su juicio. Pero hay algo que los mantiene animados y tesoneros en su obra, cuyo beneficio aún no se aprecia: la consideración de que es noble y patriótico su empeño; el deseo de aupar con el estímulo a los cultivadores de la lengua.

La causa de que se atiende hoy tan poco al bello estilo, débese sin duda al descuido de las humanidades, no menos que al escaso interés que prestamos a la lectura de los clásicos. Consideran muchos que los buenos escritores del siglo de oro sólo pueden enseñarnos giros raros y locuciones ya manidas. No advierten dónde está el beneficio de tal lectura. Quien ha bebido en estas fuentes durante los primeros años, formará su estilo con un sello especial e inconfundible. La sencillez, la precisión de las palabras, la música del ritmo, la graduación del período, la propiedad del epíteto, todo esto aprende quien está familiarizado con los autores clásicos. Leed cualquier ensayo, y a las pocas líneas sabréis si quien lo escribe es un humanista o simplemente

te un hombre, inteligente quizá, que ha formado su estilo en lecturas desordenadas, sin solidez ninguna. Tan importantes son estas disciplinas, que influyen no sólo sobre la manera de pensar, sino sobre la cultura del lenguaje, dado que la palabra plebeya o el insulto procaz suelen andar reñidos con la belleza.

Todo lo grande y glorioso de que nuestro país se ufana nos lo ha dado la escuela de las humanidades. Ella educó nuestros libertadores, no sólo para el heroísmo, sino para la bella dicción que supo emplear Camilo Torres en su famoso *Memorial de agravios*; de allí salieron más tarde Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro, preparados para escribir obras inmortales que llevaron muy lejos el nombre de la república, en épocas de escasa industria, cuando sin estos pregoneros habría permanecido ignorada. Y estas severas disciplinas, a las cuales tanto debe nuestro país, son las que hoy menospreciamos. ¿Será esto progreso o decadencia?

Quienes andan empeñados en desdeñar la forma con achaque de que lo importante es la idea, olvidan que para este mismo propósito conviene presentarla bien ataviada, si se quiere que ella interese y ahonde más el surco. Las ideas cambian, sólo la bella forma permanece. Cuando parezcan sin importancia los temas tratados en su obra *Sueños*, por don Marco Fidel Suárez, y fútiles los motivos que tuvo para escribirla, el libro admirable será leído con el mismo agrado, para saborear su bello estilo, para seguir viviendo los buenos tiempos de la lengua, prolongada en ese monumento, de igual manera que la concha marina continúa repitiéndonos al oído el sonoro rumor de los océanos.

Hay que volver los ojos al lenguaje del pueblo, que es en estas materias el árbitro supremo. Es como la fuerza de atracción que mantiene en su punto el impetuoso movimiento del idioma. Cuando un problema lingüístico se complica, el pueblo lo resuelve; cuando ocurren dudas acerca de una palabra, el pueblo las aclara; cuando el ansia de novedad, como acontece hoy, comienza a corromper el lenguaje, al pueblo hay que acudir para que corrija. ¡Y qué reservas de vigor y de belleza las que ha guardado en sus arcas el habla popular! Descubrir las, ponerlas delante de quienes hallan pobre nuestra lengua, es tarea que quieren realizar las Academias de América, a fin de que tornando a la primera fuente, que para todos nuestros pueblos fue el lenguaje de la conquista, se logre una relativa uniformidad, ya que somos raíces, más o menos apartadas, pero nacidas de un mismo tronco y que chupamos la savia de un mismo suelo. Todo esfuerzo por acercarnos al primer lenguaje de ese pueblo, a la vez que benéfico del idioma, lo será también para la fraternidad americana.

“Nuestros clásicos, dice un autor notable, fueron modelos de lenguaje castizo, por haber sabido diestramente traer a la literatura el riquísimo y nunca agotado caudal del habla del pueblo español, de aquel pueblo que pasó a América con su habla pintoresca de Castilla, y por haber tenido habilidad para formar derivados y compuestos lindos y expresivos, conforme al ingenio del mismo idioma y al buen humor y poético natural de la raza. El que quiera engalanar su plu-

ma con bizarría verdaderamente castiza, no tiene que andarse mendigando términos desusados del francés o del latín: los hallará a manos llenas en nuestros clásicos y entre las gentes del campo y de las aldeas.”

Al buen gusto del escritor se dejan muchas cosas que no se aprenden, sino que por instinto se adivinan. Cuando hay dos palabras igualmente correctas que expresan una misma idea, él escoge la más natural y sencilla. Dirá “callar” en vez de “silenciar”; “chupar” o “absorber” antes que “succionar”; “estrenar”, no “debutar”. Esquivará las palabras demasiado largas que dan al traste con el más bello escrito. Conocedor de la sinonimia castellana, que es una riquísima cantera de nuestro idioma, sabrá apreciar la sutil diferencia que distingue dos palabras que indistintamente se usan. Veamos el caso en las dos voces sinónimas “acabar” y “concluir”. Esta última tiene mayor extensión que la primera, la cual parece referirse a operaciones de corta duración. Quien escribe un libro puede decir al terminar la tarea diaria, que ha “acabado” la labor de ese día; pero sólo cuando escribe la última página puede decir que lo ha “concluído”. Entonces no es “acabado”. Este buen gusto lo adquiere, sin saberlo, quien ha leído con atención los escritores clásicos.

Comienza a advertirse en la nueva generación colombiana una tendencia que, para honor de la juventud y bien del país, debe ser corregida. No pocos jóvenes, así en política como en literatura, han querido establecer cierta pugna con los servidores que vienen un poco atrás y van rindiendo la jornada. Paréceles que es señal de independencia sentirse sin vínculos con el pasado y hacer mofa de lo que en todo tiempo mereció respeto. Cimentada sobre una tradición de siglos nuestra lengua, algunos de buen grado la desecharían para fundarse la suya propia. Impacientes, quieren obrar como si el mundo comenzase ahora, olvidando que en el ayer hundieron siempre sus raíces todos los grandes pueblos. Ese vínculo es la patria.

Quien por primera vez visita los países de estaciones fijas, no vuelve de su sorpresa cuando le dicen que aún tienen vida esos árboles entumecidos cuyo follaje robó el glacial viento del invierno. Los que a tal espectáculo están acostumbrados, todo lo preparan entonces para esperar las abundantes cosechas. Tal pienso yo. No miro a los que se van, sino a los que vienen; no miro la muerte sino la vida; no pienso en el invierno que enfría los corazones, sino en una alegre primavera, más hermosa cuanto más duró el sueño de la savia, en un despertar de la juventud, preparada por una sólida educación, para dar gloriosos días a la patria. Venga ella enhorabuena. Para los que van doblando el cabo de la vida, nada hay tan satisfactorio como verse reemplazados con ventaja. Pero que venga respetuosa, después de tocarse la visera ante la vieja guardia que para ella ha defendido todos los reductos intelectuales; que venga agradecida de aquellos que aún pueden ofrecerle un poco de luz en su camino; que venga entusiasmada por un grande ideal. ¡El ideal! Aquello que colora esta fugaz burbuja de la vida el breve tiempo que sobre la tierra dura; aquello que es fuerza en los hombres y en los pueblos; aquello que

sobre un grosero materialismo nos levanta a la cumbre de los verdaderos valores, uno de los cuales es la lengua.

Cuando se piensa en lo que significa ese don divino de la palabra, en el camino misterioso que ella hace desde que es concebida hasta que florece en los labios, después de mojarse en sangre del corazón y desgarrar el alma, comprende uno que debería pronunciarla con un temblor sagrado, cuidar como un tesoro eso impalpable y fugaz que sólo una vez pasa delante, como la onda de un río, que no hemos de ver más, y no sabemos el punto lejano en que dejará su limo fecundante. Si hay algo en que pueda sentirse a Dios, es en la palabra humana. Santa como es en toda lengua, lo es más en aquella que nos tocó en herencia.

Y cuán bella es la nuestra, ¡oh jóvenes!, dije en otra ocasión, cuando se muerde, no el huesco duro de la gramática, sino la carne sabrosa y blanda de la lengua viva. Bella en el *Poema del Cid* que, después de la *Iliada*, según Hegel, es el mejor poema; bella en *Las Partidas*, libro que alguno llamó "la tesorería mayor de la lengua castellana"; bella, inimitable, en Cervantes. Para ponerse al servicio de la ciencia, se adelgaza; para la novela y el teatro, se ensancha; para la mística, se enciende; para la poesía, se abrillanta; para la picaresca, tórnase ágil y juguetona. "Cuanto más se estudia, más da que estudiar; y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre", dice Capmany. Nunca se encarecerá bastante la riqueza de su sinonimia, la sonoridad de sus períodos, la elocuencia de sus refranes, la agilidad de sus movimientos, aquel menearse aquí con los temas ligeros, y levantarse allá con vuelo águilino a las regiones ideales, siempre dúctil, siempre sonora, siempre majestuosa. Ya que han de usarla hombres, habiendo nacido para dioses, que ella conserve su pureza, que sepamos defenderla los que creemos que a su patria no ama quien no ama su lengua. Como del francés decía Renán, digo yo de nuestro idioma: "Faltaría algo esencial al mundo el día que dejara de brillar esta antorcha clara y centelleante."

---

## RESPUESTA A ALFONSO ROBLEDO

Por EDUARDO ZULETA

Señor presidente, señoras y señores, señor:

La Academia de la Lengua os discernió el título de individuo correspondiente cuando apareció vuestro estudio sobre don Miguel Antonio Caro y su obra. Hoy os llama a ocupar el puesto de individuo de número, cuando nuevas labores literarias y otras condiciones de carácter patriótico han agregado más méritos a vuestro nombre; y ocuparéis la silla que ocupó el docto filósofo don Gabriel Rosas, de grato recuerdo en esta casa.